

EL MUNDO ILUSTRADO

PERIÓDICO SEMANAL



SUSCRICION PARA ESPAÑA.
MADRID. ... Un año, 120 rs.—Tres meses, 32 rs.—Un mes, 12 rs.
PROVINCIAS. ... — 130 rs. — 36 rs. — 14 rs.

Un número suelto, 3 reales.

Se suscribe en Madrid, calle de Santa Teresa, 8,
 y en casa de los corresponsales del Establecimiento tipográfico de
 D. Francisco de P. Mellado.

1^{er} Año. N.º 38. — Octubre 11 de 1860.

Todas las comunicaciones relativas á los dibujos y á la
 redaccion se remitirán al Director del MONDE ILLUSTRÉ,
 calle de Bréda, 15, y las reclamaciones de los suscritores de
 España y América, á los Sres. A. Laplace y C^o, calle de
 St. André des Arts, 47.

SUSCRICION PARA AMÉRICA.

ATLANTICO. Un año, 50 fr. (10 ps.).—Seis meses, 27 fr. 50 c. (5 p. 50).
PACIFICO. ... — 55 * (11 ps.). — 30 fr. (6 p. *)

Se suscribe en París, calle St. André des Arts, 47.

PARA LA EUROPA, Á ESCEPCION DE LA ESPAÑA.

Un año, 32 fr. — Un número suelto 1 fr.

Se suscribe calle de Bréda, 15, y en el boulevard de los Italianos 15.



Fuad-Baja, comisario otomano en Siria. (De una fotografia de M. Le Gray.)

CRONICA DE PARIS.

Otra vez tenemos á la órden del día á Mma. Recamier. Despues de sus últimos y nobles historiadores, Lamartine y Guizot, — que cerraban la procesion interminable de turiferarios, apasionados frenéticos de esta señora, nos encontramos ahora con una exaltacion en tono mayor, sin bemoles ni sostenidos. Y así seguiremos hasta el día del juicio, legándonos de generacion en generacion el loco empeño de poner en las nubes á esta dama, aun cuando consta su mediocridad relativa en las hueras *Memorias* que publicó una mano caritativa y alucinada por el interés atribuido á la obra. Comprendemos la objecion que se nos va á hacer: es la siguiente: « No puede ser medianía una mujer de quien, ya alternativamente, ya á la vez, se han ocupado tan ilustres plumas. » Esta objecion cae por su propio peso en cuanto se examinan algunos escritos y correspondencias que nos quedan de Mma. Recamier. La causa del ruido que metió y que la sobrevive como un eco que repite los apagados rumores, consiste en cierta dote personal que no podemos colocar entre las mas dignas de pasar á la inmortalidad: hablaremos de esta circunstancia mas adelante.

Sin nobleza de nacimiento (su padre, honrado y humilde vecino de Lyon, se llamaba Bernard) sin génio de ninguna clase, sin grandes conocimientos, debió sólo á su belleza todo su atractivo, y á no ser por el misterio que envolvía á su persona, escitando la curiosidad y las pasiones de los aficionados á enigmas, tampoco esta hermosura hubiera producido mas efecto que el que nace generalmente de ciertas combinaciones de líneas y cierta gracia en los contornos de la fisonomía de una mujer. En efecto, se comprende que entre los antiguos, entre los paganos sobre todo, bastase la hermosura para dar celebridad á una jóven privilegiada por las Gracias, puesto que en ella encontraban un objeto de su idolatría, puesto que la hermosura presidía á todas sus fiestas y el incienso que la quemaban, rodeándola de nubes, la daba todo el aspecto de una divinidad!

Pero entre nosotros, en el siglo XIX, en medio de nuestras costumbres cristianas, cuando la hermosura no tiene mas aras que en el hogar doméstico ¿cómo se comprende por solos los hechizos personales de Mma. Recamier esa conmocion que por un raro abuso sigue vibrando en medio del tumulto de nuestra literatura? Además ¿créese que esa belleza habria tampoco apasionado á los griegos? De ningun modo. Si nos es lícito clasificarla con nuestro lenguaje vulgar, diremos que un gran número de retratos, ya de pintura ya de cincel, que de ella tenemos, nos la representan como una hechicera *griseta*... y nada mas.

Por otra parte, este género de belleza en el cual la fria correccion de líneas está substituida por la travesura, digámoslo así, de las facciones, corrobora nuestro juicio relativamente al partido que esta mujer creó en torno suyo: ante tan provocador enigma, cada cual sonaba para sí con el papel de Edipo.

Volviendo á la objecion concerniente á los hombres ilustres que la rodeaban, creemos refutarla bastante con decir que la sociedad que constituye la atmósfera en que vive una mujer debe su oríjen á su fortuito nacimiento ó á su matrimonio, mas bien que á sus méritos personales. Hija de Bernard, la jóven Julieta debia quedar siempre olvidada entre todos los Bernards de Francia y de Navarra; mas una circunstancia la sacó de su centro, poniéndola en evidencia, colocándola á cierta altura. Presentada á Luis XVI y á María Antonieta como una beldad precoz, estos augustos personajes la trajeron á palacio á fin de

admirarla mejor. Hablóse de este acontecimiento en la corte y no dejó tampoco de saberse en la ciudad, y dos años despues, á los quince, Julieta dió su mano á un hombre que tenia tres veces su edad. Era, pues, una niña *sacrificada* al metal, como dicen en provincia, puesto que M. Recamier era un banquero asaz vulgar si hemos de confesarlo todo. Rodeada ya de repente de todos los hombres apasionados de aquella época, que en nada cedía á los hábitos licenciosos de la Regencia y de Luis XV, no tardó en escitar la admiracion general, porque circuló el rumor de que aquella mujer, nacida para el amor, no podria experimentar nunca.

Sin duda alguna estaba dotada de calidades bellas y notables: era buena, servicial, caritativa, graciosa, graciosa sobre todo. Pero ¿cuántas mujeres favorecidas igualmente por la hermosura y por las mismas virtudes domésticas han permanecido olvidadas en el fondo de una provincia, del hogar doméstico, en la oscuridad de su nacimiento? Puesta en evidencia por el centro parisiense, en donde la coloca su enlace, asombra y encadena los corazones que ven en el mismo defecto que se la atribuye un nuevo atractivo de hermosura. Mma. de Stael, con quien la naturaleza habia sido tan parca, físicamente hablando, llevada, como cien otras, de su curiosidad, despues de haber recelado en ella una rival de influencia política, desecha todo temor hasta el punto de hacerse íntima amiga de Mma. de Recamier. Hombres de todas condiciones se disputaban el honor de tributarla un culto pagano. Citemos algunos nombres conocidos é ilustres: Entre los escritores figuran Lemontey, Laharpe, Legouvé, y sobre todo Chateaubriand: entre los militares Moreau, Bernadotte, Luciano Bonaparte... De los hombres políticos citaremos sólo al mas ilustre y desinteresado de sus admiradores, el duque Mathieu de Montmorency, aunque *celoso*, de noble continente.

Despues vino el príncipe Augusto de Prusia, quien vehemente é incrédulo en el mismo grado que Luciano, no dejó de causarla cierta molestia, poniendo á prueba la persona física y moral de su ídolo, suplicándola que se divorciase para recibir su mano. Dejó aquella languidecer por espacio de cuatro años los amores de su pretendiente, y concluyó, como no podia menos, por conservar el lazo fuente de su esperiencia y tal vez de sus desengaños.

Ballanche y Canova tributaron culto, uno á su alma, otro á su semblante. Ballanche era quizas el mas desinteresado en esta *Steeple-Chase* sin objeto, en la cual todos partían y ninguno lograba el suspirado premio. Murat la admiró en Nápoles, á pesar de las graves preocupaciones políticas en que le sumía la llegada de los ingleses. Mas adelante, y cuando los años sumándose unos á otros, aunque resistiéndose á marcar en ella el sello de su mano, llegó su turno al conde de Bristol, hermano de la duquesa de Devonshire, al duque de Hamilton, al célebre químico Davy, á Alejandro Humboldt, á Keratoy, á Benjamin Constant, á Bertin el mayor, á Villemain, á Alexis de Tocqueville, á Sainte-Beuve, á Ampère... y á tantos otros menos conocidos. Entre todas estas llamas sin cebo de juventud, entre todas estas amistades sin los estímulos de la edad madura, el cariño que, — como mecido por la costumbre, perseveró hasta una fecha imposible de puro vieja, con loca oferta de enlace, por parte del galán, con razonable respuesta negativa por parte del ídolo, — el cariño mas constante, decimos, fué el de Chateaubriand. Y nada puede probar mejor la bondad, la noble atraccion imantada de Mma. Recamier, sino es su fidelidad constante hácia este hombre orgulloso y egoísta; así lo deja comprender torpemente la misma pluma que escribió las rencorosas « *Memorias de ultratumba*! »

Reasumamos: bondad esquisita, gracia estremada, dotes encantadoras: tales eran los elementos de que se componia el aroma mágico de esta flor que nunca debia dar fruto. Pero es esta una razon digna, autorizada, para lejitimar esa larga série de adoradores reclutados de todos los rangos de Europa? Puesto que ya nada tiene que ver este palmito, ni con la filosofía, ni con la política, ni con las artes y ciencias de su época, justo es, en nuestro juicio, apagar el incensario y suprimir por superfluos y ridículos sus golpes póstumos. Los motivos secretos que hicieron de Mma. Recamier una roca insensible á tantos homenajes, podrán ser una particularidad buena, si se quiere para dicha al oído, pero nunca un pretesto suficiente á eternizar las adulaciones. Por otra parte, su mas humilde é injénuo amigo, el impresor Lionés á quien asistió al morir con el fervoroso celo de una hermana de caridad, Ballanche lo dijo, como una confesion secreta de lo que habia podido columbrar del continuo espectáculo de una adoracion tan estéril como la misma deidad: « Podrá usted comprender, — la escribia, — lo que es en sí la belleza: un objeto *enteramente moral*. »

Damos á esta espresion todo el valor que se la quiere atribuir y reasumimos esta abusiva propaganda que del nombre de Mma. Recamier se pretende hacer de algunos años á esta parte.

Era un génio? ó sólo una mujer de talento? Ninguna de las dos cosas. ¿Dejó en la política de su tiempo alguna huella de su capacidad ó de grandes virtudes cívicas? ¿Sirvió, en medio de tantos acontecimientos, de enseña á algun partido? ¿Fué el alma de alguna inspiracion? ¿Dió oríjen á alguna gloria? ¿Es una criminal heroína, una víctima ilustre, una mártir de las pasiones humanas? Nada de eso: no es ni una Carlota Corday, ni una Rolland, ni siquiera una Tallien. Era lisa y llanamente una mujer hermosa, muy amable con todos, muy consecuente con sus amigos: una cabeza linda que ni se pagaba del murmullo de la lisonja, ni del viento pasajero de la prosperidad: una mujer que supo soportar con nobleza su ruina, su vejez y su ceguedad, y que por último falleció á los setenta y dos años, llevando al sepulcro el verdadero secreto de su virtud. En suma, nada la hacia descollar del nivel honroso, simpático y grato de la medianía. ¿No es, pues, ya tiempo de que concluyan tantas póstumas adulaciones á una estatua de nieve?

Hace dos meses escasos se casaron en el departamento del Aveyron un oficial de marina, jóven, con una hermosísima niña, prima suya. Quince dias despues de la ceremonia, que les abrió las puertas del cielo, la jóven tuvo un sueño... durante la ausencia de su marido.

Veíase postrada en cama en un cuarto desconocido, cuyas paredes estaban cubiertas de papel chineco con fondo color de rosa, los muebles eran de damasco amarillo. De repente llega un jóven, la examina con atencion... y la dice: « Está usted muy mala! beba usted esto... Es un *looch* para morir sin padecer. »

Bebió... desapareció el hombre, y conociendo que estaba muriéndose, lanzó un grito angustioso y se despertó dando gracias á Dios de que la dejase vivir todavía!

Volvió su marido y ocultóle su sueño...

Al cabo de algunas semanas vinieron á Paris á hacer lo que en provincia se llama un viaje de boda y se alojaron en una fonda de la calle de los Agustinos.

Pasaron ocho dias felices visitando á todo Paris! Pero el marido, encontrando incómoda y estrecha la habitacion situada al norte, con vista al patio, pidió otra al mediodía, que diese á la calle. De vuelta una noche de la Opera-Cómica, se encuentran en su nueva estan-

cia. A cierta hora, despues de acostada la señora, se siente algo indispueta...

Al dia siguiente, su marido, lleno de inquietud, sale á buscar un médico. Entonces la enferma mira en derredor suyo... y reconoce el cuarto de su sueño: el papel chineco con fondo color de rosa, los muebles de damasco amarillo; todo, hasta el menor accesorio, lo encuentra allí tal cual lo habia soñado, dejándola la mas viva y fiel impresion en su memoria...

Va á confiárselo todo á su doncella... pero en aquel mismo momento entra con su esposo el Avicena. La jóven le mira: es el hombre de su sueño!

Abreviemos. Cuarenta y ocho horas despues, la infeliz novia espiró sofocada por una angina aguda... y las últimas cucharadas que su marido, muerto de dolor, la administrara, eran tambien un *looch*!

Como este hecho nos ha sido contado por una persona grave y mas que ineredula, no podemos menos de esponerle á los espíritus místicos que se lanzan en ese mar sin horizontes que llaman misterio, del cual huye nuestra razon aunque el sentimiento nos impela frecuentemente hácia él.

Un amigo nos ha contado la siguiente anecdota relativa á cierto diplomático del Norte.

Habiendo compuesto una obra sobre los caballos árabes, le ocurrió la idea de enviar un ejemplar á Su Alteza Abdul-Medjid. Un cólega del diplomático toma á su cargo el presentar la obra, magníficamente encuadrada en marroquí encarnado y ornada en el dorso con el *tughra*, ó sean, las iniciales del sultan. Este acepta el obsequio, y como el autor está por su posicion social fuera de la esfera ordinaria, le corresponde con el regalo de una caja de oro, para rapé, en cuya tapa se ve su cifra recamada de rosas con pretensiones de diamantes.

Espídense el regalo, llega á poder del favorecido, abre el paquete, y qué encuentra? — Una caja de rapé, cuando habia soñado con una condecoracion, con una encomienda! — La cinta condecorativa de Turquía es encarnada con orlas verdes, colores que se hermanan tan bien con la corbata!

Oh decepcion! Una caja de rapé! Y para qué este dije? Para tenerla guardada en un cajon y no enseñarla mas que en raras ocasiones? Despechado, escribe á un amigo de Constantinopla á fin de que gestione para trocar, si es posible, este don por algun distintivo, — la caja de rapé por una condecoracion. El gran visir no conceptúa muy oportuno este cambio, é insiste en que lo hecho, hecho se queda, como lo escrito escrito! Nuevo despecho del diplomático! Mas al fin la reflexion ilumina su alma con un rayo de esperanza...

Y escribe á su cólega:

« Amigo mio, la caja de rapé tiene en su tapa la cifra ó *tughra* del sultan. Recuerdo que el *nicham*, condecoracion sustituida hace años con la orden de *medjidie*, se componia tambien del *tughra* superpuesto á un anillo que recibia la ancha cinta que se colocaba al cuello con la efigie de la orden. Aunque el *nicham* está en desuso, no creo que se haya desposeido á ninguno que le lleve... Puesto que la tapa de mi caja de rapé es una especie de *nicham*, no me seria posible colgarla en torno de mi corbata con una cinta de la orden? »

El diplomático importunado, ostigado por su amigo del Norte, transmitió la chistosa ocurrencia al gran Visir, quien algo preocupado con los sangrientos preparativos de Siria, se contentó con responder:

« Que haga ese *effendi* el uso que quiera de la caja de rapé, pero, por Alá, que me deje en paz! »

Nuestro diplomático interpretó la respuesta como autorizacion suficiente, — y el mes pa-

sado, en el convite de *** , se presentó ostentando al cuello la tapa de la caja de rapé. No dejarán de hallar chistoso el secreto de semejante condecoracion las chancillerías de esta capital.

Las primeras corridas de la estacion otoñal, que se verificaron el año pasado con un cielo y un sol magníficos, fueron el domingo último muy poco favorecidas por la estacion, cada vez mas cruda. Empezó nublado el dia, continuó lloviendo y terminó con fuertes ventiscas. Esta harmonia de conspiraciones atmosféricas, contribuyó muchísimo á quitar todo su atractivo á la hípica fiesta, reduciendo los espectadores al mero número de los interesados y á tal cual intrépida *sportswoman* envuelta en su espeso cachemir, reclinada en el fondo de su carruaje, que hacia sus apuestas tiritando de frío. No entraremos en los pormenores especiales de estas corridas, cuya narracion es asaz monótona y escasa de interés, á quien no le tiene en la parte activa de estos ejercicios. Sólo diremos que el *omnium* (*Handicap*) de 4,000 francos, ofrecido por el consejo general del Sena, fué el único acto de efecto y que hizo ganar una puesta de 300 lises á una de las damas mas lindas de Paris, á quien, ya por su orijen geográfico, ya por su rara distincion, se conoce con el nombre de la *Reina de Suecia*.

Aquí surge un hecho que entra de lleno en el dominio de la crónica y nos apresuramos á consignarle.

Esa magestad convencional que para ganar la puesta no habia arriesgado sino tres lises, tuvo la feliz idea de consagrar su ganancia en beneficio de los desgraciados. Colocó el oro dentro de su guante, y desde Longchamps hasta Paris fué distribuyendo con mano régia por lo generosa, una por una, cuantas monedas pudo de esta lluvia de oro caída del cielo entre la ventisca y los aguaceros. Al llegar al ángulo que forma el *boulevard* con la calle de Caumartin, habian salido mas de dos mil francos por las portezuelas del carruaje llevado al paso. Eran las cinco de la tarde y hubo en aquel sitio una especie de tumulto de los concurrentes, motivado por esta escéntrica y caritativa distribucion. Cuandola linda compatriota de Gustavo Wasa, de Lineo y Berceus daba cien francos á una infeliz que tenia en sus brazos dos criaturas malamente cubiertas de harapos, un agente de policia se acercó como para prender á la mendiga cojida in fraganti. Entonces la dama, dando prueba de presencia de ánimo y de corazon, hizo subir á su coche á la pobre atónita, con sus hijos, dejando al guindilla con un palmo de narices y complacida á la concurrencia que prorrumpió en nutridos aplausos.

La historia de este hecho ha llegado á nuestros oidos por varios conductos, algunos de ellos testigos oculares del caso, lo cual nos ha decidido á darla cabida en nuestra crónica, porque todo lo bueno merece ser consignado, y sea ó no reina de Suecia de hecho, la que lleva una corona de hermosura y sabe colocar sobre su frente otra mas preciada de cristiana virtud, es digna de que el público la conozca y la rinda su homenaje de admiracion. Con frecuencia se ha dado á algunas señoras el nombre de hermanas de caridad: la dama de quien hablamos ha querido que la antífrasis se tome al pié de la letra.

Forzoso es confesar que debe su orijen á una circunstancia bien rara el enlace de la baronesa de Ber... con un jóven, oficial del estado mayor de la guardia nacional de Paris. La baronesa, viuda hace dos años de un antiguo diputado, queria vender su casa de campo sita al Norte de Paris y comprar otra en el Oeste, á donde concurre ahora todo el mundo. A fines del mes de agosto último un jóven se presentó en las *Tournières*, solicitando hablar á la baronesa. Una camarera sale á recibirle y le dice:

— Ande usted pronto! la señora tiene que ir á Paris y le aguarda impaciente.

— A mí?

— Sí por cierto: ande usted, ande usted.

Hácenle pasar adelante é introducenle en el cuarto de dormir, en donde se halla la señora en gran *negligé*, con la bata indiscretamente flotante, y sueltos los cabellos.

— Señora, aquí está... — dijo la camarera.

— Muy bien... soy con usted al instante, — replica la baronesa dirigiéndose al recién llegado.

Y se arrellana en un sillón, se quita la zapatilla, y tras la zapatilla la media, y tiende su lindo y blanco pié... al conde d'Or..., que venia en lugar de su padre para visitar la finca y arreglar el trato de compra!

Un mes despues de este extraño quid-pro-quo, del conde confundido con un ortopédico, los anuncios de la alcaldía del segundo distrito participan al público el enlace de la baronesa de Bar... con el conde d'Or... Escusado es decir que nadie se acuerda ya de vender la finca de las *Tournières*. La luna de miel ofrece allí tan hermosos puntos de vista! Cuando este astro empieza á eclipsarse será tiempo de abandonar el solitario Norte por el tumultuoso Oeste de Paris. Entre tanto, los nuevos esposos saborean en Trouville el brillante cuarto de la luna feliz!

Un afortunado trocista de ferro-carri-les, el mismo que remató los inmensos trabajos de la apertura del Istmo de Suez, M. Hardon, ha construido para sí, hácia el norte de la avenida de la Emperatriz, una casa de campo de un modelo particular, pero sumamente pintoresco, que escita la atencion de los transeuntes por aquel sitio. El conde de Aquila, tío del rey de Nápoles, quien la ha comprado en 1.800,000 francos sin muebles, piensa tomar posesion de ella este próximo invierno y ya han puesto manos á la obra de decoracion y amueblamiento varios artistas y operarios. Asegúrase que los gastos de estos nuevos trabajos escenderán de 300,000 francos. Dícese tambien que M. Gendron, uno de los mas aventajados pintores de Paris, en su género, está encargado de los techos y frisos. El número de hojas de oro necesarias á estas decoraciones, costará 50,000 francos. La tela que debe tapizar las paredes del salón está encargada al tejedor mas hábil de Lyon, y será de color de púrpura, blanca y oro. Todo el palacio, desde los cimientos á la cumbre, y hasta los cuartos mas retirados, tendrán sus pisos cubiertos de tapices mandados fabricar en Es-mirna, con un dibujo uniforme como los que se admiran por su magnificencia en la casa-palacio de Furtado, calle de Artois, en el barrio de Courcelles. Añádese á estas noticias la de que S. A. R. piensa abrir el próximo invierno esta original y suntuosa residencia á la sociedad escojida de Francia y del extranjero y á los hombres mas distinguidos de las ciencias, artes y bellas letras.

Se solicita de nosotros un favor y creemos no ser los únicos á quienes se ha dirigido esta peticion. El caso es el siguiente:

Un caballero procedente de América, en donde ha hecho fortuna, corre por mar y tierra tras de su hija para hacerla partícipe de una vida de princesa. El viajero la dejó hace 14 años, con su madre, de la cual no estaba muy satisfecho: la hija (de ser ciertas las noticias que adquirió en Nueva Orleans) ha debido abrazar la carrera de las tablas en un teatro del *boulevard*. De niña se llamaba Amelia, pero hoy no se sabe cuál es el santo de su advocacion! El padre de América, especie de Cristóbal Colon, de vuelta de Indias, acude hoy á los periódicos, despues de haber dado todos los pasos posibles á un particular para seguir la pista á la niña perdida. Con que así... que pase la voz!

JULES LECOMTE

(Trad. A. L. de B.)



Vista de Ric-Janciro. (Cróquis de M. E. Labrosso.)

Vista de Rio-Janeiro. (Croquis de M. E. Labrosse.)



Salida del Teatro Italiano. (De un diseño de M. Gustavo Janet.)

FUAD-BAJÁ.

Ofrecemos hoy á nuestros lectores el retrato de Fuad-Bajá, ministro que fué de negocios extranjeros en Turquía y embajador plenipotenciario del Sultán en París, actualmente comisario imperial en Siria.

Fuad-Bajá es uno de los hombres de Estado mas considerados de la diplomacia otomana.

Hallándose iniciado por una educacion humanitaria en las costumbres y en los usos, como en los conocimientos y en los principios de la civilizacion europea, nadie mejor que él podia representar ese Oriente desconocido, en donde toda existencia se halla cubierta con un velo, ese pais de los esplendores y de los misterios, en medio de nuestras sociedades en las cuales toda sombra se desvanece al fulgor de los lustros como al brillo del sol.

Por lo demás, en su persona todo se halla en perfecta armonía con la nobleza de carácter y la elevacion de inteligencia que la opinion le reconoce. Sus facciones pertenecen al mas bello tipo osmanli, cuya dignidad algo orgullosa se halla templada por la benévola urbanidad que ha adquirido en sus relaciones con el mundo diplomático. No hay en él de musulman mas que el cinturón de oro y el fez; finalmente, es un gran señor con toda la distincion que, como Vely-Bajá y Mehemet-Djemil, ha tomado en el trato con las mas altas esferas.

LÉO DE BERNARD.
(J. R.)

BAHÍA Y CIUDAD DE RIO-JANEIRO.

El *Mundo ilustrado* tiene una mision, impuesta por su mismo título, la de dar á conocer á sus lectores los puntos mas importantes y los mas bellos sitios del globo; él prosigue esta mision. Hoy consagra un grabado á la reproduccion de la bahía de Rio-Janeiro.

No se puede imaginar, sin haberlo experimentado, el sentimiento de admiracion que sobrecoje al viajero cuando, despues de haber atravesado el estrecho canal protegido en un lado por obras bastionadas, y en el otro por un monasterio fortificado, descubre el recinto de montañas que en forma de anfiteatro rodea á esta bahía, especie de lago marítimo. La hermosura de sus grandes líneas y la variedad de sus paisajes se completan con esa rica naturaleza intertropical que cubre todas las colinas, todas las vertientes, con su espléndida vegetacion: sus bosques de naranjos, sus cortinas y sus grupos de árboles graciosos ó gigantescos que prodigan á la industria sus maderas, sus bálsamos y sus frutos.

Esta bahía, que, además del inmenso comercio cuyo centro es Rio-Janeiro, sirve de escala á la mayor parte de los buques que se dirijen al oceano Pacífico ú al mar de las Indias, no recibe menos de cinco mil embarcaciones por año.

MAC VERNOLL.
(J. R.)

REVISTA DE LA SEMANA.

París está de vuelta. El turista se refugia de nuevo á su hogar doméstico, en donde le aguarda el rincón de la chimenea para proporcionarle ocasion de narrar á sus amigos sus soñadas aventuras. Las castañeras vuelven á su chirivital á preparar dolores de estómago á sus parroquianos á indigestion el litro: los músicos á los teatros en donde los cosmopolitas bostezarán á sus anchas en la mayor. Los naranjos se acojen otra vez en sus invernaderos, pobres desterrados de barnizadas hojas que buscan en el calor de la estufa un tónico á los reumatismos de su nostalgia. Las

notabilidades coreográficas, — flores menos delicadas que en nada se parecen á las plantas anteriores, — acuden tambien á las salas de baile en donde las fluxiones de pecho sientan sus cuarteles de invierno. Por último, los colegiales vuelven al redil de sus temas latinos.

Adios cigarros! se fueron las vacaciones!

Los periódicos que se desvirtuan en la improvisacion de anécdotas chistosas sobre la apertura de estudios, nos cuentan la historia de dos alumnos de Minerva á quienes una desesperacion escolar lanzó al suicidio.

Figúrome á estos Werther de *Építome* introduciendo en el arma fatal el taco hecho con una página de griego y chupando un caramelo en el instante de inmolarse en las aras del pacífico Lhomond!

La escena no deja de ofrecer novedad. Pero si la grilla lo invade todo, debia al menos detenerse ante la sonrisa de la infancia... *Maxima debetur puero reverentia*... ¿Por qué no se les ocurre á esos cronistas añadir que esos hastiados héroes de babero son víctimas de una pasion desgraciada hácia una muñeca de Alfeñique ó que se arruinaron en la Bolsa, colocando los capitales que les conceden sus familias cada semana en una operacion de zinc de la *Vieja Montaña*, malparada por la *Real Asturiana*?

Hubiera sido una anécdota mas curiosa y nueva. Que se deplora despues que no haya niños!

Cuya es la culpa, señores cronistas?

Mas vale en su candor mercantil el lirismo de la cuarta plana, que al menos no engaña sino á los que quieren.

Y no es parca en estos ditirambos la semana que espira! Verdad es que el otoño da la señal á esta *Steeple-Chasse* de anuncios.

— Yo solo soy quien fabrico seda con lana. Venid, pueblos, acorred á mí, soy el rey de la baratura... Quién quiere un regalo?... Chales, vestidos, albornoces, nada vendo, todo lo cedo con pérdida... contentándome con el beneficio que me da la cantidad de objetos vendidos... Pero sobre todo, compradores, no vayais á la tienda de mi vecino... es un charlatan!

Tal es el cántico á toda orquesta que entonan los mercaderes de novedades, en tono mayor, con muchos sostenidos, con cambio de llaves, trasposiciones, etc., etc...

Del *Steeple-Chasse* de los anuncios á las corridas del Bosque de Boloña, no hay mas diferencia que el precio — por eso puede muy bien venir lo uno tras de lo otro.

Pobres corridas! No han merecido al cielo mas favor que las de Chantilly, referidas la semana última.

Ahora como entonces se presentan los *jockeys* mustios y hechos una sopa, tomando sitio y saludándose á lo trapistas resignados con estas palabras: Hermanos, correr tenemos!

Volvamos al casco de la imperial ciudad: por donde quiera tropezamos con infinitos proyectos.

Desde luego un proyecto de mudanza. Filemon y Báucis se van al campo. — Y qué ¿vivian todavía? — Pues no! — Dónde? — Lejos, muy lejos; en una calle solitaria del antiguo *faubourg St.-Germain*: allí estos prototipos de la fidelidad conyugal habian sentado sus reales en el hospicio de la caduca ancianidad.

La fé conyugal en un hospicio!... Bien enferma está esa preciosa virtud!

Como quiera, este hospicio cede su puesto á un *boulevard proyectado*.

Así es, que un día de estos vamos á ver atrave-

sar por todo París en procesion á estos antiguos huéspedes, encorbados, vacilantes, con paso lento, llevando sus septuagenarios penates en busca de un nuevo asilo.

Al verlos pasar dirá sin duda la multitud:

El corazon se va!

En nuestros días, la multitud y el corazon se encuentran, pero no se saludan.

Segundo proyecto. Se ha reunido una junta permanente de gastrónomos para formar un Club idem con el nombre de *Club des Coteaux*, — en memoria sin duda del delicioso zumo de la uva monopolizada por la ciudad de Saumur.

Nada se ha omitido para la rehabilitacion de los placeres del estómago: las sesiones son semanales: el programa especifica hasta el menor detalle.

Sin embargo... se ha olvidado de uno: que hoy no hay tiempo de ser gastrónomo. Los acontecimientos se precipitan unos á otros, se descuentan los instantes. Es necesario vivir de prisa — y comer idem. Casi se sienten los minutos cedidos al alimento cotidiano. Esto mató á aquello.

En nuestro juicio el *Club des Coteaux* equivoca la fecha. En 1820, la gastronomía hubiera acudido en masa á su llamamiento. En 1860, la gastralgia sola le dará la respuesta.

Dime como dijeres y te diré quién eres.

Siguen los proyectos. Sala de esposicion en la calle de Provenza! Tiro de Vincennes! Cuestion de porte de armas! Fiesta del Bosque de Boloña! Y... y...

Procedamos por orden.

El proyecto de esposicion tiende á proteger las artes sustrayéndolas al contacto de toda clase de mercaderes, huéspedes constantes de las salas de almoneda. Piensan instalarle en el centro de París, á fin de reunir y vender los cuadros en que se reconozca algun mérito. Dios se la depare buena.

Tiro nacional de Vincennes. Nada mas natural que esta institucion cuya necesidad era bien notoria. En efecto: hay tantos cazadores torpes en Francia!

Ayer mismo se leía en los periódicos que un abogado en vacaciones, por apuntar á una perdiz, encajó una perdigonada en el ojo de un vecino suyo. El nuevo tiro evitará semejantes desaciertos!

Sin contar con que dará origen á una nueva raza de diestros defensores de la patria.

La inauguracion el 7 de octubre sin falta.

Bueno es tener presente que el tiro enseña la precision.

Afin de disminuir sin duda la desbandada de cazadores que invaden montes y campiñas, la antigua licencia de veinticinco francos se sustituirá con un depósito de quinientos francos cuyos intereses representen la contribucion anual de todo diligente cazador.

Como no todos tienen de sobra esta suma, como no todos pueden prescindir de encajar una perdigonada en el ojo del vecino, no han de sobrar tampoco los cazadores.

Será justa la acusacion dirigida á nuestros Nemrodes de destruir completamente la caza? Al caso del lejista me remito.

Aunque el Bosque de Boloña se endosa su vestido de invierno, es decir que se desnuda de su follaje, no es justo abandonar su recinto: en él se prepara una fiesta cuyo destino debe atraer la concurrencia.

Festones, guirnaldas, astrágalos, iluminaciones venecianas, conciertos y armonía, nada faltará en este ameno recreo si á él se añade como buena accion la asistencia, pues que su producto entrará en la caja de suscripcion en favor de las víctimas de Siria.

**

En una librería del nuevo pasaje de Mirés, a lado de un crecido número de almanaques de todos colores para el año de 1861, he visto un folleto con el título de «Alejandro Dumas, rey de Nápoles!!!»

La política no debe mezclarse en esta cuestion europea: por tanto me limitaré á dejar consignada la noticia de que el gabinete de Teheran y de Maquet han pedido esplicaciones.

Mis lectores son aficionados á planetas? Hoy abundan como la alfalfa.

La semana última ha hecho su inauguracion el *Dánae* (el sexagésimo en el orden numérico). Quién se lo habia de decir á Leverrier, que se contentaba en otro tiempo con una sola de estas aéreas vagabundas!

Pero aquellos eran los buenos tiempos! Echábase la vista encima de un astrecillo, dirijíasele cariñosamente el telescopio, prodigábasele mimos y cuidados, y los espectadores se apiñaban en torno del cerúleo Colon gritando, milagro! y la reputacion del padrino se elevaba á las estrellas, — de donde venia; — á las nubes, de donde habia bajado.

Ahora es al revés, los curiosos menean con indiferencia la cabeza diciendo: «No es nada, otro planeta.»

De aquí el axioma que deben tener presente los astrólogos: — existan ó no los planetas, bueno es economizar los descubrimientos!

Por eso terminaremos tambien aquí nuestras revelaciones de los mil y un proyectos que se ajitan esta semana: de lo contrario, seria el cuento de nunca acabar.

PEDRO VÉRON.
(Trad. A. L. de B.)

Correspondencia de China.

Sang-Hai, 12 de agosto de 1860.

Sin duda alguna oirán ustedes todos los días referir minuciosa y detalladamente las marchas militares, el arribo de los buques de guerra, el desembarco de tropas, la descripcion de los campamentos, de los trajes, en una palabra, de cuanto por su carácter pintoresco ú belicoso es digno de que se tome en cuenta por los noticieros. Pero tambien deben decir á ustedes — como tributo á la justicia — que nuestros compatriotas hacen milagros en este país; que el comisario de guerra se escude á sí mismo en el desempeño de sus difíciles atribuciones; que todo se preve, se numera y consigna para un día fijo, para una hora precisa. Esto supuesto, hay que convenir en que la desgracia ha perseguido á los trasportes franceses. Varios naufragios han ocasionado en el material pérdidas tan importantes, que algunos destacamentos, entre otros los de ingenieros, se han visto precisados á equiparse á la oriental: nadie reconoceria en ellos el célebre tipo del ejército francés. Tambien habrán dicho á ustedes que nuestros amigos los ingleses están picados del honor; pero á pesar de sus bélicos ensayos de la India, hasta el presente no pueden competir en tierra firme con sus aliados y rivales. En cambio tienen una armada que asciende próximamente á cien buques, sin contar las numerosas embarcaciones del comercio europeo que han invadido estos mares como una nube de aves exóticas. Voy á hablar á ustedes algo de estos buques mercan-

tes; porque nada mas curioso, bajo cierto punto de vista, que el tráfico que ejercen en estas playas.

La campaña de China, por lo que respecta á los intereses del comercio inglés, puede muy bien decirse que *está ya hecha*. Ignoro los beneficios que de ella reportará el gobierno británico y lo que la expedicion costará en impuestos á los súbditos de la reina Victoria; pero aseguro á ustedes que forma ya un capital considerable el número de guineas que el comercio ha sabido extraer del bolsillo de los señores Chinos. La fuente de esta riqueza no es otra... que el tráfico de armas! — Algunos ingleses, atentos sólo al tanto por ciento, se han convertido en voluntarios abastecedores de los súbditos del Celeste-Imperio.

Gracias á sus cuidados, la China se halla hoy bien provista, y los soldados de S. M. B. encontrarán mas de una vez en manos de sus vencidos enemigos cañones y fusiles de fábrica inglesa. Valuase en mas de quince millones los productos que ha reportado ya este comercio clandestino. Bastan semejantes rasgos para hacer la apolojía de los traficantes ingleses.

Hay, sin embargo, algunos argumentos que abonan la conducta de estos amables mercaderes.

Después de la revolucion de los Cipayos, una parte de la India, por no decir la India entera, quedó completamente desarmada, sobre todo los regimientos indígenas. Uda, Bengala y otras poblaciones fueron registradas con especial cuidado, y salieron á luz cuantos mosquetes y cañones habian escondido bajo tierra los gefes del movimiento revolucionario.

Ademas, conociendo que la superioridad del hombre europeo consiste, no sólo en el desarrollo de la inteligencia, sino tambien en el armamento, los antiguos fusiles de las tropas de la reina fueron sustituidos por rifles y carabinas de precision. Formáronse inmensos depósitos que fueron á las fortalezas del interior y á las plazas de la costa, y se creyó oportuno dar salida á todos estos inútiles trebejos, pero con la condicion espresa de que todos los compradores habian de exportarlos inmediatamente, para lo cual se estableció la mas severa vijilancia.

Semejantes artículos de comercio no tuvieron por de pronto un gran consumo. El género abundaba y los mercados eran poco numerosos. Algunas pacotillas y pequeños cargamentos, que no alcanzaron un éxito satisfactorio, fueron destinados á las costas de Africa para los negros de Mozambique, Zanzibar, etc., etc. De repente, los efectos mortíferos y amortizados obtienen un alza considerable: la China ofrecia un mercado ventajosísimo á la codicia de los hijos de Albion: de aquí la existencia en grande escala de ese curioso contrabando que pudiéramos llamar parricida. Las casas de Lieja y las fábricas de Inglaterra tuvieron noticia del nuevo filon y se aprestaron tambien á explotarle. Pero como el viaje por el Cabo de Buena-Esperanza es muy largo, y por Suez nada económico y demasiado peligroso, los fabricantes, como si se hubieran puesto de acuerdo, prepararon sus cajas de mercancías, y en número infinito las enviaron hácia América, para que los habitantes del Nuevo-Mundo las fueran empujando á través del Pacífico hasta las costas del Celeste-Imperio. De esta manera es como se ha establecido esa doble corriente de armas de todas clases, que partiendo de oriente y de occidente van á parar á las manos de los Mandarines. No deben reirse poco estos santos varones en sus ratos de buen humor de los estúpidos bárbaros que van á ofrecer á las tropas del Hijo del cielo armas con que batir á los mismos que se las venden.

Como ustedes conocerán, este contrabando no deja de ofrecer sus peligros; pero ¿cuáles no ar-

rostra el amor al dinero? El principal de todos es la vigilancia de los buques de guerra, vigilancia que no permite á los especuladores hacer sus alijos en los puertos frecuentados, sin esponerlos á dar severa cuenta de un comercio que á mi modo de ver tiene mas de humanitario que de patriótico. Pero los negociantes ingleses y americanos no se ahogan en tan poca agua: han salvado el inconveniente, estableciendo al efecto *mostradores* especiales.

Tres ó cuatro radas casi desconocidas sirven de punto de reunion á los buques europeos. Allí, los bergantines, los lijeros clippers y las goletas alijan sus belicosos cargamentos al abrigo de toda importuna requisitoria, y en la seguridad de que los grandes barcos de guerra no podrán seguirles la pista por falta de fondo. Los *juncos* chinos, esa especie de estrecho batel, reciben á su bordo la preciosa mercancía y la llevan á donde mejor les convenga por entre los escollos que erizan la costa, lejos de la vista de las escuadras europeas que aperciben allá en la línea del horizonte. Hay un sitio llamado Tsi-Cheon, — cuya latitud ignoro, porque es un misterio para todo el mundo no mercantil, — que sirve de principal depósito ú *mostrador* de este lucrativo comercio. Me aseguran que hay ya construidas unas veinte casas en Tsi-Cheon: si la guerra de China se prolonga, cuando llegue la paz, este *mostrador* se habrá convertido en una ciudad populosa. A esta fecha existen allí unos tres ó cuatro mil individuos que son los intermediarios entre los Mandarines de Su Celeste Magestad y los arsenales de los bárbaros. Hanme dicho tambien que un armador americano acaba de establecer en el espresado sitio grandes talleres para la reparacion de las armas que se hallen en mal estado. Los Chinos usan todavía, en su mayor parte, el fusil de mecha, é ignoran la manera de reparar los gatillos que se descomponen. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el comercio existe en grande escala y que las guineas afluyen que es un gusto á Sang-Hai y á otros lugares que sirven de punto de retorno á esos misteriosos bastimentos que vuelven del Este sin que nadie sepa el sitio donde han dejado su carga. Como en Sang-Hai no existe la vigilancia europea, los barcos contrabandistas se proveen de nuevo de la consabida *mercancía* — que se paga bien — y salen á correr otra aventura.

¿Quién sabe si será esta una de las causas de la insolencia de los señores chinos y del poquísimo miedo que les inspiramos!

Por extracto: AYLIE LANGLE.

(Trad. F. de la V.)

LA FANTASÍA ÁRABE.

El Árabe tiene dos pasiones dominantes, el amor al caballo y á las armas. Pasará su vida en el mismo albornoz hecho arambeles, se contentará por alimento con algunas albondiguillas mojadas con aceite rancio, pero hará locuras por ataviar su yegua favorita. Nada será demasiado bello para adornar el jaez que debe llevar el fiero y fúgoso animal; el cuero rojo de Marruecos, los bordados de oro, aun las piedras preciosas enriquecerán las bridas y la silla; los anchos estribos serán del acero mas puro y mas delicadamente labrado; todo concurrirá á realzar las elegantes formas del tipo mas gracioso, de ese tipo que han cantado los poetas de la Arabia, y que se encuentra descrito del modo siguiente en la *Moallakat* (poema) de Tarafa:

«La yegua que me transporta en el tumulto tiene los piés largos, las crines esparcidas y plateadas se desplazan en su frente.

» Su casco es como la escudilla en la cual se da de comer al niño. Contiene una carne compacta y firme.



FANTASIA ARABE. (De un croquis MM. Houet y Moullin.)
Ayuntamiento de Madrid

» Su grupa es como la piedra del torrente, pulida por el curso de un agua rápida.

» Su cola es como la del manto de la desposada.

» Corre como la corza perseguida por el cazador.

» Da saltos iguales al curso de las nubes que pasan por el vallado sin regarle y van á desaguar en otro valle. »

Los ginetes de las tribus repiten todavía estos *cassideh* que son anteriores al islamismo, y su entusiasta estima por el caballo no acusa á sus antepasados de exageracion.

Su amor á las armas con embutidos de oro no es menos grande que el que tienen á los ricos jaces. Su predileccion á los fusiles largos, con culata incrustada de nácar y plata, denota su carácter guerrero y oriental. Todos tienen empeño en decir de su fusil, lo que Rabiah-Ben-el-Kuden decia de su arco: « Yo solo le habia tocado; como una casta joven, nadie le habia poseido mas que yo. »

Así, con qué talante orgulloso no se tiene á caballo el Árabe, cuando estrecha entre sus rodillas nerviosas una yegua de noble raza, y cuando su mano quemada por el sol soporta un largo y rico fusil de Fez ó de Túnez! Con qué gritos frenéticos no saluda el anuncio de una próxima *fantasia*, en la cual podrá lucir su habilidad en manejar el caballo y el fusil! Podrá *hacer hablar á la pólvora* segun su pintoresca expresion, acompañar las detonaciones con esos gritos que amedrentan al enemigo, asistir finalmente á un simulacro guerrero que le recuerda sus antiguos dias de batalla.

Agrupados, en el extremo de un valle, los ginetes que deben ejecutar la *fantasia*, desenvuelven su frente de batalla y se forman en una ó varias líneas, segun su número y la estension de la llanura. A una señal dada, se desprenden por pelotones de á diez, quince ó treinta ginetes, parten al galope y gritando con toda la fuerza de sus pulmones. En esta carrera desenfrenada al través del valle, lanzan sus fusiles al aire, los vuelven á cojer, siempre galopando, y los descargan al pasar frente á los gefes. Los grupos se desprenden unos despues de otros, recorren toda la estension del campo de *fantasia*, y van á reunirse al extremo opuesto. A un momento dado, todos los Arabes, como si fueran atacados de un vértigo, se lanzan en masa, se entregan á las mismas evoluciones de equitacion y de tiro, y pasan como un torbellino. La tierra retiembla bajo el paso de los caballos, el aire ennegrecido por el polvo y el humo resuena con multiplicadas detonaciones y gritos insensatos. Estrechados unos contra otros, los primeros impelidos por los mas impacientes, escitan á sus fogosos caballos cuyos hijares chorrean sudor y cuyas narices humean. Esta refriega infernal se parece bastante (pero no por su mutismo) á la revista fantástica que Raffet hace pasar al emperador, y cuyo grabado publicó no hace mucho el *Mundo ilustrado*.

Estos ejercicios no carecen siempre de peligro, y caballos y ginetes tienen que sufrir muchas veces en esta pelea indisciplinada, en que cada cual no tiene por guía mas que el deseo de llegar el primero. Animales y jentes reciben con frecuencia graves heridas. En la *fantasia* que siguió á las carreras de Arjel en 1850, un gefe árabe, cuyo caballo cayó en medio de la batahola, fué muerto en el golpe, habiéndole penetrado en el pecho el pomo de la silla.

Al dia siguiente se le enterraba con gran pompa, y varios de sus amigos decian: « Honor á él; ha podido morir á caballo y con un fusil en la mano en nuestro tiempo. »

LEO DE BERNARD.

(J. R.)

PARIS DESCONOCIDO.

LOS TAPETES VERDES.

(Continuacion.)

VI

La Invasion.

La facilidad con la cual Enrique habia ganado la cantidad de 6,000 francos trastornó todas sus ideas en materia de juego. En el camino del lóbreo círculo á su domicilio, lleno de la alegría de su triunfo, no pensó en computar las ventajas materiales de la ganancia que acababa de tener; pero una vez en su casa, cuando hubo saboreado suficientemente su venganza, sintióse conducido, como era natural, á considerar el incidente bajo un aspecto positivo, y se preguntó si no habia hecho hasta aquel momento un oficio de tonto, puesto que bastaba alguna audacia para ganar una buena cantidad. Persiguióle esta idea toda la noche, aun en su sueño, y cuando llegó la mañana esperó impacientemente que fuese de noche para renovar con calma, y esta vez por cálculo, su esperiencia del dia anterior. Desde aquel momento, el joven fué jugador. En la noche, Enrique volvió al juego, hizo fuertes puestas y tomó resueltamente la baraja. Como jugaba « sobre el terciopelo, » es decir, con el dinero que habia ganado la víspera, mostróse atrevido hasta la temeridad. Por un capricho extraño de la suerte, ó mas bien por un efecto singular de la casualidad, tuvo aun mucha dicha y ganó una cantidad considerable. Esta vez, al dejar el tapete verde, Enrique se hallaba muy convencido de que poseía la ciencia del juego, que ganaria cuanto quisiera y que no tenia, como se dice vulgarmente, mas que bajarse para recojer. Estas locas ideas habian germinado en el cerebro del joven, cuando se vió por primera vez objeto de esa admiracion particular y de esas lisonjas mas ó menos desinteresadas que inspira siempre á los otros jugadores, y principalmente á la mujeres un jugador feliz. Se le habia dicho que jugaba maravillosamente, que tenia presencia de ánimo al mismo tiempo que mucha audacia. Su vecina de la derecha se habia mostrado entusiasta para tener derecho de pedirle un luis. Qué no le habria dicho su vecina de la izquierda, que le debia ya doscientos fr.? Cómo no creerse hombre hábil, cuando todos procuran persuadir á uno de que es un fénix y que ha sabido, por cualquier procedimiento, subyugar á la suerte? Y además, no son confirmadas estas lisonjas del modo mas elocuente y mas persuasivo, por esas pilas de luses que se agrupan al rededor de uno, por esos pedazos de papel sedoso que valen mil veces su peso de oro? Los mas fuertes, los mas aguerridos caen en la red, sobre todo cuando, entre las bocas que vierten así las alabanzas á torrentes, se hallan algunas femeninas que gustan oír.

Enrique quedó perdido, pues, desde aquel momento, y tan perdido que, quince dias despues, nada le distinguia ya de los otros jugadores. Pasaba todas las noches en el juego, se acostaba por la mañana, dormia un sueño calenturiento hasta el medio dia, no asistia á los cursos, estudiaba poco y sin gusto, comia sin apetito y no tenia mas de una preocupacion: la del juego. En lo fisico, no se hallaba menos cambiado. Ya se habian hundido sus megillas, su frente pálida se habia cubierto de arrugas, y algunos cabellos blancos aparecian en sus sienas. Es que estos quince dias habian sido fecundos en penosas pruebas. Pregúntese á un hombre que ha jugado mucho lo que son algunas veces quince dias en la vida de un jugador! En menos tiempo, la terrible pasion del juego puede hacernos recorrer toda la gama de las emociones humanas.

Podemos vernos, sucesivamente y sin transicion, colmados de los favores de la fortuna y reducidos á la miseria; hoy, ricos con el oro ganado, no dependia mas que de nosotros el procurarnos goces, de los que, mañana, nos separará un abismo. De ninguna de estas alternativas habia carecido el joven. Habíase lanzado en cuerpo y alma al torbellino de esos mentidos placeres, y no era ya dueño de sí mismo. Las cantidades rápidamente ganadas en las dos noches de que hemos hablado, fueron perdidas no menos rápidamente. Despues de esta catástrofe, Enrique habia pensado un instante volver á recobrar su antiguo modo de jugador moderado y prudente, pero este pensamiento no hizo mas que atravesar por su cerebro. No podia esponerse, limitando mezquinamente sus pérdidas, á las pullas de los otros jugadores; y además era necesario estar preparado á hacer buena acogida á la suerte, si por casualidad se volvía á presentar. Habia llegado á ver á los jugadores tímidos con los mismos ojos que el comerciante millonario, y sentíase lleno de indignation cuando no le tenian todas sus puestas. Es fácil imaginar que su módica pension no podia bastar á las exigencias de semejante vida. Necesitaba dinero, y como no tenia otro medio de procurárselo, se dirigió, ú mas bien le dirigieron á un usurero. Su amigo, el estudiante de décimo quinto año, se encargó de esta negociacion, y le hizo prestar en efecto, con un premio exorbitante, contra letras de cambio, cantidades considerables que fueron devoradas en poco tiempo. Dos meses despues de la escena de los seis mil francos, Enrique habia consumido ya una parte notable de la fortuna que le dejara su madre.

Llegado á esta época de su existencia, el infeliz no vivia ya mas que para el juego. Creía perdida toda noche que no pasaba junto á un tapete verde; así que, ponía mucho esmero en informarse de los lugares en que se jugaba. Esta deplorable pasion, que habia llegado á ser una fiebre, no era secundada sino en demasia por sus relaciones habituales. Hombres y mujeres ponian un verdadero empeño en informarle acerca de lo que él desaba tanto saber. Pocas partidas de fácil acceso se verificaban sin su presencia, y viósele, mas de una vez, mostrarse sucesivamente, en una misma noche, en dos ó tres reuniones diversas de jugadores.

Hubo un momento, sin embargo, en que era menos fácil perder su dinero. Habian sido denunciados, á consecuencia de pérdidas enormes, varios círculos en los cuales se jugaba á los juegos prohibidos. Estos establecimientos recibieron severas advertencias, y naturalmente las casas clandestinas de juego fueron objeto de una vigilancia mas activa. Las Tias-Cagnottes tuvieron miedo; algunas fueron conducidas ante la policia correccional y condenadas á prision. Las mas atrevidas no osaron ya abrir sus partidas sino de vez en cuando, teniendo cuidado de no reunir su sociedad dos veces seguidas en la misma casa. Era, pues, muy difícil adquirir informes acerca del lugar en que se desplegaria al dia siguiente el paño verde, y las investigaciones emprendidas con este objeto no tenían siempre buen resultado. Es cierto que habia el recurso de los garitos en los gabinetes particulares, despues de la comida, de una fonda en voga; pero estas partidas exigen ciertas condiciones en la eleccion de los convidados, y las jentes que viven del juego las reservan comunmente para el placer y la educacion de los extranjeros ricos que vienen á divertirse á Paris.

Qué no se hizo entonces para escapar á la accion vigilante de la policia! La imaginacion de los mas interesados, es decir, de los que tienen partidas de juego, no habia trabajado tanto nunca.

Jugóse en las buhardillas mas ignoradas, en

las cocheras y aun en los sótanos. La policía, por supuesto, no fué engañada por estas pequeñas combinaciones, y bastante lo probó; pero los que habian hecho jugar una ó dos veces sin ser sorprendidos, se creyeron al abrigo de sus investigaciones, y llenos de esa audacia particular que da un primer éxito á los imprudentes y á los necios, volvieron pronto á sus antiguos hábitos y prosiguieron su cosecha hasta el día que el comisario vino á detenerlos en medio de sus holgorios.

De este número era una mujer bastante conocida de los tahures. Ella habia sido bella y ricamente entretenida en otro tiempo; pero, como á la mayor parte de las de su ralea, no le quedaba ya, á la edad de cincuenta años, mas que la miseria y esa fealdad diabólica é indefinible que el vicio comunica á los rostros que han sido hermosos. La tia Gatera (llamábase así á causa de su amor particular á los gatos) no hacia jugar en Paris, en donde habia tenido « algunos contratiempos, » pero reunia su sociedad, siempre só pretexto de mesa redonda, en una casita aislada de Asnières. Los iniciados llegaban á las seis; á las seis y media se comia, y dos horas despues, la mesa de la comida se habia transformado en mesa de juego.

La casa habia sido escogida maravillosamente para el objeto que se propusieron al alquilarla. Separada de toda habitacion y á media cuesta frente al Sena, elevábase en medio de un jardin bastante grande, rodeado por una pared. Era necesario pues atravesar dos puertas para penetrar en el salon de juego: la primera, la del cercado, y la segunda, la de la misma casa. Se habian tomado todas las precauciones para alejar al enemigo. Estaba calculado tan bien el tiempo y la distancia, que en caso de peligro, los jugadores podian hacer desaparecer con bastante rapidez para no ser sorprendidos, toda señal de juego. La puerta exterior se hallaba cerrada siempre con la aldaba: un feroz perro, que permanecía atado á la cadena durante el día, quedaba suelto en el jardin á las ocho de la noche; finalmente, para mayor seguridad, colocábase un criado de centinela en una escala apoyada contra la pared, el cual señalaba las apariencias de la llanura.

A esta casa misteriosa y tan bien resguardada fué á donde el supuesto estudiante condujo una noche á Enrique. Gracias á las precauciones que acabo de indicar, se jugaba allí hacia varios dias con toda seguridad. El vigía no habia señalado ningun vagabundo sospechoso en las cercanías de la pequeña propiedad; no se habia recojido ningun rumor significativo; cada uno, finalmente, habia abandonado sus primeros temores. Sólo la tia Gatera conservaba algunos celos en medio de la confianza general; pero por supuesto que no los dejaba transpirar, y su rostro no estaba menos plácido que el de sus parroquianos. Cuando el jóven entró en la sala de juego, es decir, en el comedor, situado en el piso bajo, encontró pues á los jugadores muy ocupados en sus negocios, pero perfectamente tranquilos respecto á la cuestion de seguridad. La asamblea era numerosa; habia por lo menos veinte personas. Enrique columbró varias caras conocidas; acojiósele con sonrisas simpáticas medio comprimidas, como se acoje siempre en semejantes lugares lo que se llama un buen jugador, es decir, un jugador que tiene mucho dinero, que hace buenas puestas y que pasa por alto ciertas dificultades inevitables en el curso de una partida en que se versan grandes intereses. Apresuráronse á hacer un lugar al jóven, y muy pronto se confundió por el sentimiento, los modales y la pasión con los otros iniciados. Se jugaba al *ferro-carri!*, variedad perfeccionada del baccarat. Las apuestas eran gordas;

el aspecto de la mesa, cubierta con pilas de oro y rollos de billetes de banco, hubiera regocijado la vista de un judío alemán. Esto quiere decir que, salvo las exclamaciones que inspiraban las jugadas, las bocas no articulaban sino raras palabras.

A las once, la péndola de la sala, uno de esos relojes-cuadros cuya campana sonora y grave recuerda vagamente los relojes del campo, dió lentamente sus once campanadas. Fué para un individuo de cara sospechosa, que por lo comun se retiraba mas tarde, la señal de partida. Recojió con cierta precipitacion el dinero que tenia en el tapete, levantóse y salió á pesar de las instancias y las reclamaciones de la mayor parte de las otras personas que querian retenerle, con la esperanza de recobrar las cantidades que les habia ganado.

La mas conmovida por esta retirada súbita fué el ama de casa; se veía contrariada, no solamente porque, jugador feliz y atrevido, aquel alimentaba ámpliamente la cagnotte: era fácil ver que otros motivos de preocupacion se mezclaban para ella á la cuestion de interés. La tia Gatera dijo algunas palabras al oido del supuesto estudiante, quien permanecía detrás de su silla sin jugar, y éste salió al momento. El incidente fué notado apenas; sin embargo, dos ó tres mujeres, las menos jóvenes, cesaron de jugar repentinamente y se dispusieron á salir, mientras continuaba la partida. La tia Gatera no se engañó, era una huida; las mas experimentadas de la sociedad habian adivinado sus temores; ella concibió tal recelo que hizo temblar en su mano la larga paleta de boj, delgada y flexible, con la cual recojia las cartas que habian servido y el dinero que la tocaba de las jugadas productivas. « Ten mejor tu sable, mi general, la dijo su vecino de la derecha, tiemblas como si nunca hubieras olido la pólvora! » Esta broma llamó la atencion de todos los jugadores hacia la tia Gatera, cuya extrema palidez fué interpretada al momento como debia serlo. Una repentina electricidad encendió en el ánimo de cada cual un miedo inexplicable que no puede compararse sino al de la liebre en su madriguera, cuando los perros invaden el bosque. Las cartas cayeron de las manos, las bocas se quedaron mudas, todas las miradas se dirigieron instintivamente hacia la puerta con ansiedad, como si una voz interior hubiese dicho á todos que aquella puerta iba á dar paso al enemigo.

La puerta se abrió en efecto, y apareció el supuesto estudiante. « Noche serena y brisas embalsamadas, dijo; la via láctea está resplandeciente y la luna grande y redonda como un queso de Brie, el vigía no señala mas que la yerba que verdea y el Sena que hace visos. » Estas palabras de seguridad trajeron la sangre á todos los semblantes y la confianza á todos los corazones. Calmáronse los jugadores con la misma prontitud con que se habian amedrentado. Hubo risas insensatas, trasportes indecibles de alegría. Se abrazaron casi unos á otros como los mas fuertes en la balsa de la *Medusa*, cuando los náufragos tuvieron la certeza de que iban á salvarse. Cada cual vació sus bolsillos, su bolsa ó su porta-monedas sobre la mesa, que pareció mas rica que nunca. « Vamos, señoras y señores, dijo un bromista, montemos en el tren; no ha habido ni choque ni descarrilamiento. *Express train!* Apuesto contra los quince luises que no tenian adversario cuando apretaron los frenos... »

¡ Oh extraño contraste de las cosas de este mundo! Apenas habian sido pronunciadas estas palabras, cuando la ventana del comedor, del lado opuesto á la puerta, volaba repentinamente en pedazos á los golpes vigorosos que la daban por el jardin. Casi al momento se precipitaban

varios hombres al comedor, y el comisario de policía se presentaba, con su banda terciada, pronunciando las palabras sacramentales: « Que nadie se mueva ni intente salir de aquí! »

Me causa mucha sorpresa que ningun pintor haya tenido la idea de trazar este cuadro.

EDUARDO GOURDON.

(J. R.)

ANCONA Y CIVITA-VECCHIA.

Los Estados de la Iglesia poseen dos ciudades marítimas importantes: la primera, Ancona, situada en el mar Adriático; la otra, á orillas del Mediterráneo, á sesenta y tres kilómetros de Roma, Civita-Vecchia.

El puerto de Ancona, ahondado al pié de la ciudad que se eleva en forma de anfiteatro, se halla protegido por un muelle que le constituye una de las abrigadas mas seguras para los navíos que surcan el Adriático. Desgraciadamente, lo mismo que las lagunas de Venecia, este puerto se halla obstruido muchas veces por la arena, siendo necesario un trabajo continuo de limpia para conservar la profundidad conveniente.

La ciudad y la rada se hallan defendidas por una ciudadela construida sobre una de las dos montañas que la dominan; la iglesia de San Ciriaco está edificada en la montaña del Norte.

Recientemente el general Lamoricière ha completado el circuito de las antiguas fortificaciones, haciendo ejecutar un recinto con bastiones y obras exteriores bien flanqueadas. Ancona tiene unos treinta mil habitantes; los trigos, las lanas y las sedas son los productos que dan mas actividad á su comercio, el mas floreciente de las ciudades pontificias. La historia de esta antigua colonia de Siracusa puede reasumirse en la relacion de los bombardeos que ha sufrido la ciudad. Tomada por los Franceses en 1797; en 1799, caía en poder de los Rusos. Los primeros la volvieron á ocupar de 1831 á 1837, y los Austriacos la guardaban en 1849.

Ancona acaba de sucumbir al rudo embate del almirante Persano y del general Fanti. Despues de un bombardeo que le ha desmontado hasta su última batería, el general Lamoricière, que se habia encerrado en ella con siete mil hombres, se ha visto obligado á capitular el 30 de setiembre.

Mucho menos poblada que Ancona, Civita-Vecchia debe su importancia á su excelente fondeadero sobre el Mediterráneo y á la proximidad de la capital. Dista solamente sesenta y tres kilómetros de Roma, con la cual la pone en comunicacion el ferro-carril. Siete mil habitantes constituyen toda su poblacion. Desde que la ocuparon los Franceses, en 1849, ha sido rodeada de fortificaciones á las cuales agrega el ejército francés todos los dias nuevas obras.

Acaba de dirigirse á Civita-Vecchia la division francesa que va á reforzar al ejército de ocupacion en Roma.

MÁXIMO VAUVERT.

(J. R.)

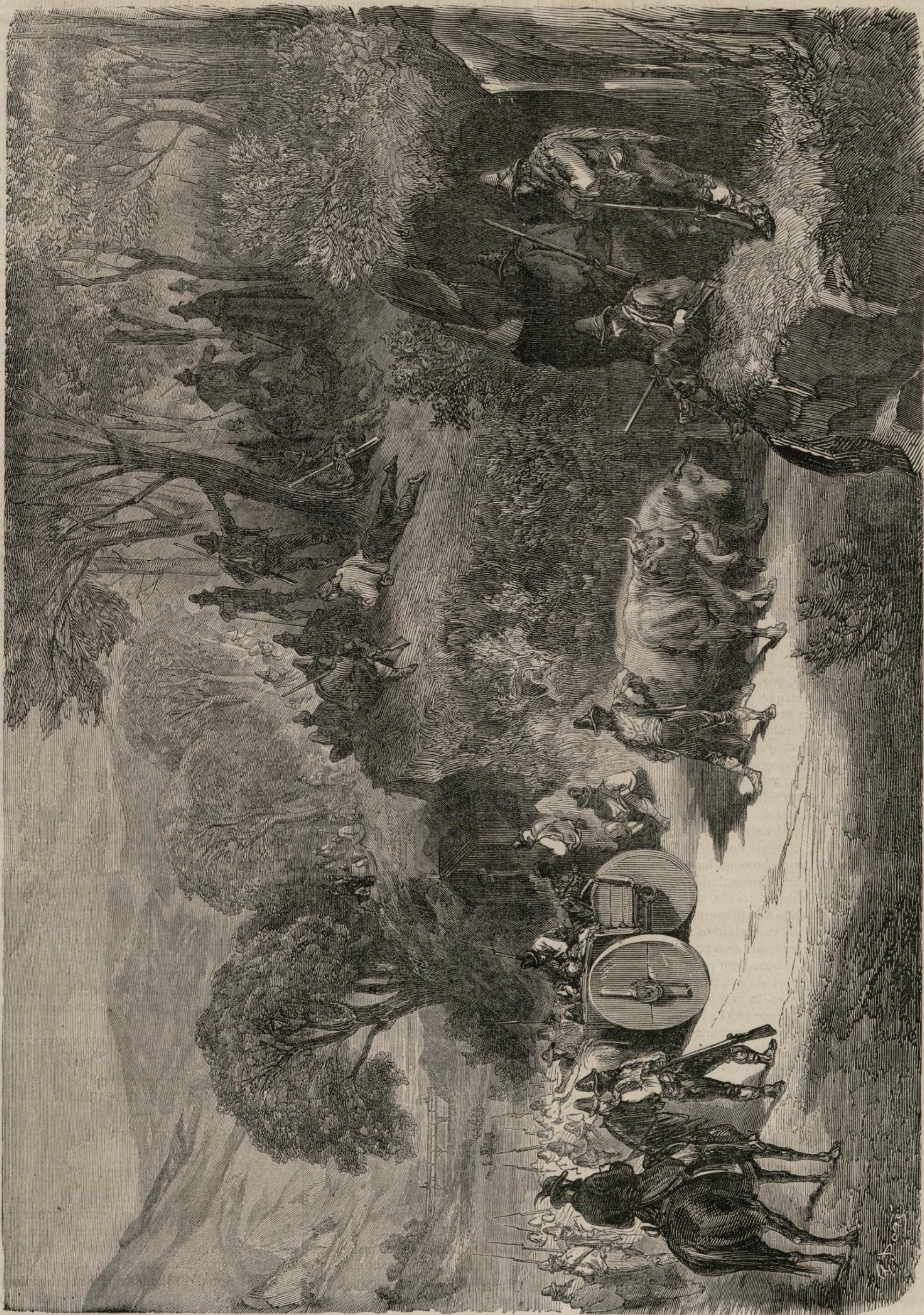
UNA AVENTURA DE CARNAVAL.

(Continuacion.)

VII

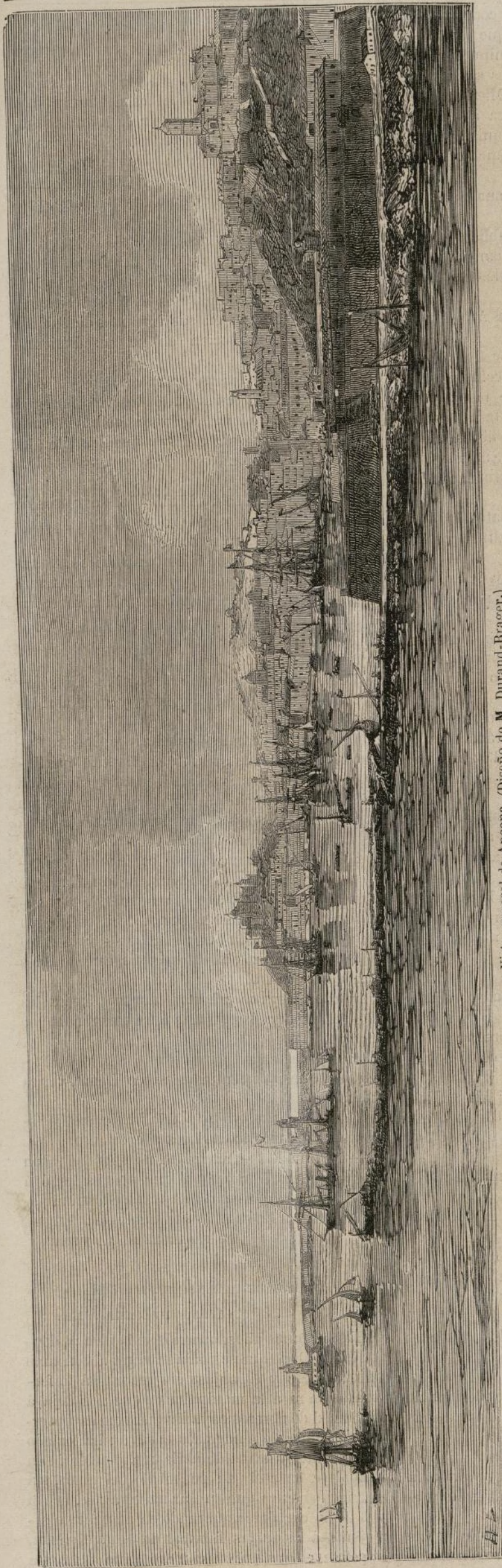
La doble vista.

Miss Arabella sacó entonces del bolsillo de su vestido un pequeño estuche de cuero, y tomando de él un pomo de cristal con boquilla de oro, lleno de un licor violado, vertió como la mitad de su contenido en una de las copas, despues de llenarla de agua. El líquido tomó al principio un color rojo-oscuro que gradualmente se fué cam-

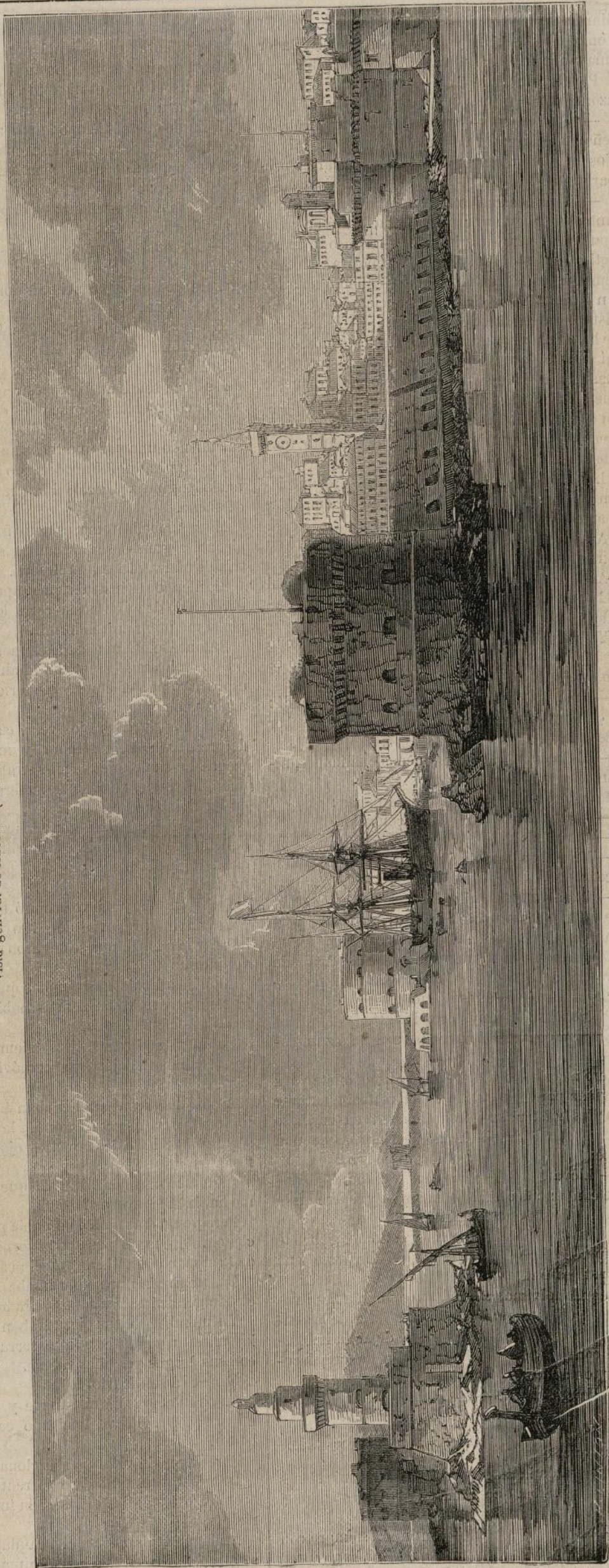


Alto de voluntar o calabreses. (De un croquis remitido por M. Paboti.)

Alto de volutar o calabreses. (De un croquis remitido por M. Paboti.)



Vista general de Ancona. (Diseño de M. Durand-Brager.)



Vista general de Civita-Vecchia. (Diseño de M. Durand-Brager.)

biando en blanco-verdoso. Hecho esto, metió el pomo en el estuche y puso encima del velador una cinta metálica terminada en un broche.

Pietro miraba aquella escena muda con ojos azorados.

— ¿Qué es eso? — pregunté á miss Arabella señalando la copa, no pudiendo contener mi curiosidad en presencia de aquellos estraños preparativos.

— Es un inofensivo aunque poderoso estimulante, compuesto por mí, que facilitará en gran manera nuestro experimento, — repuso la magnetizadora. — Béble usted, señorita. Oh! no tenga usted miedo ninguno! — añadió notando sin duda el gesto de repugnancia que hice á la vista de aquel brebaje misterioso. — Esa especie de hatchis, cuyos admirables efectos conozco por mí misma, contribuye á que sea mas pronta y mas eficaz la accion del fluido magnético, puesto que ayuda á enervar la materia y presta al alma un vigor estraordinario. Béble usted sin temor, y en la confianza de que es de todo punto inofensivo.

Las palabras de miss Arabella no desvanecieron completamente mi repugnancia, pero no quise aparecer á sus ojos falta de ánimo.

Así, pues, coji la copa sin vacilar, y apuré su contenido hasta la última gota.

Aquel licor tenia un ligero ácido semejante al de la guinda, aunque mucho mas grato al paladar.

Ya ve usted — me dijo miss Arabella en tono de broma — que mi pobre elixir diabólico no es tan desagradable al gusto como á la vista.

— Oh! no señora, al contrario — la respondí: — casi puede tomarse por placer. Tiene un sabor excelente.

— Es la primera de sus buenas cualidades, segun verá usted muy pronto.

Luego continuó tras una ligera pausa:

— ¿Qué tal, se siente usted con valor?

— Para todo.

— Me alegro de verla á usted tan animosa. Empecemos, si usted gusta.

— Cuando usted quiera.

— ¿No teme usted iniciar á una segunda persona en los secretos de su vida íntima?

Comprendí que la indicacion de miss Arabella se referia á la presencia de Pietro que aun permanecía estático en el mismo sitio.

Pietro hablaba muy poco el inglés.

Nuestra conversacion era para el infeliz un doble enigma.

Pero no se necesitaba ser muy fisonomista para adivinar por la espresion de su rostro, que, ante aquellos misteriosos preliminares, su cariñoso celo por mí le habia hecho pensar mas de una vez en si yo podria correr algun peligro.

— Llévate eso, — le dije en italiano, indicándole con un ademán la bandeja — y espera en la antesala hasta que te llame.

Pietro obedeció en silencio y salió del gabinete con perezoso paso, aunque no sin dirigirme una angustiosa é interrogadora mirada.

Cuando volvimos á quedarnos solas, miss Arabella se levantó, puso una butaca cerca de la ventana, entornó las maderas hasta dejar la habitacion con una luz tan débil como la del crepúsculo, y tomándose de la mano:

— Venga usted, — me dijo — y siéntese aquí en la actitud mas cómoda posible.

Obedecí pasivamente, y fui á sentarme en el lugar que se me indicaba.

En seguida la magnetizadora ciñó á mis sienes la cinta metálica que habia dejado antes sobre el velador.

— Ahora es preciso — continuó, siempre con su amable y espresiva sonrisa, — que haga usted un propósito firme de ser dócil y obediente á mi

voz, que fije usted el pensamiento con gran fuerza de voluntad en los problemas que vamos á resolver, y que durante algunos minutos permanezca usted con los ojos cerrados sin hablarme nada hasta que yo la pregunte. Mientras tanto, y á fin de que el tiempo la parezca á usted mas corto, voy á tocar una pieza cualquiera, porque supongo que á fuer de buena italiana amaré usted la música.

— Muchísimo, señora; — el piano es mi inseparable compañero.

— La música es un lenguaje sublime que sólo entienden las almas delicadas, como por regla general son todas las del país donde usted ha nacido, Paulina.

Esta era la primera vez que miss Arabella pronunciaba mi nombre.

Señalo esta circunstancia, porque al escucharle de su boca sentí un ligero estremecimiento nervioso, como si las vibraciones de la voz que le pronunciaba hubieran llegado hasta mi corazón sacudiendo una por una todas sus fibras.

Poco á poco se fué apoderando de mí una estremada languidez parecida á la que produce la falta de sueño.

Miss Arabella tomó asiento frente al piano y ejecutó algunas escalas con la soltura y maestría de una verdadera profesora.

Siguiendo sus instrucciones, apoyé la cabeza en el respaldo de la butaca y cerré los párpados como si me preparara á dormir.

Entonces noté una cosa estraordinaria que no puedo explicarme sino por la alucinacion de mi espíritu, ó por efecto del misterioso brebaje que acababa de tomar.

Ante mis cerrados ojos veía, claros, distintos, destacándose en la sombra y mirándome fijamente, los azules ojos de miss Arabella; pero nada mas que sus ojos: el resto de su figura desaparecia en las tinieblas.

Tuve miedo, y quise abrir los míos para evitar aquella intensa mirada cuyo brillo me desvanecía... Imposible! mis párpados pesaban como si fueran de plomo.

Quise gritar, y mi voz espiró en la garganta. Pretendí levantarme del sitio en que me hallaba, y mis miembros se negaron á abedecer á mi voluntad.

Aquellas fantásticas pupilas que brillaban en la sombra como dos zafiros habian paralizado todos mis movimientos.

Su intensidad y su fijeza, siempre crecientes, me fascinaban, dejándome inmóvil como un cadáver.

A medida que se aumentaban mi languidez y mi impotencia física, disminuía la distancia que separaba de los míos aquellos ojos inevitables y fosforescentes.

¿Era tal vez un narcótico lo que miss Arabella me habia hecho tomar?

Pero yo no dormía!... no habia perdido la conciencia de cuanto pasaba en torno mio, ni olvidado el menor detalle de aquella entrevista.

La magnetizadora continuaba al piano haciendo gemir las teclas en apagados acordes.

Y sin embargo, sus ojos estaban allí, frente á los míos, rozando casi mis cerrados párpados con sus largas pestañas rubias.

Empecé á sentir frío.

La circulacion de mi sangre y los latidos de mi corazón se iban haciendo cada vez mas lentos.

Parecia que la vida me abandonaba.

De pronto un verdadero torrente de armonía brotó bajo los ágiles dedos de la infatigable pianista.

Al llegar á mis oídos aquel raudal de notas que se atropellaban en escalas sin número, en melodiosas combinaciones, empezaron á surgir en mi

memoria uno por uno todos los dulces recuerdos de mi infancia.

Después, cuando aquellas imágenes queridas se fueron desvaneciendo, me pareció que las voces del piano semejaban los silbos del huracán, el ronco son del trueno, el mugir de las olas al estridarse en los cóncavos peñascos, el crujido estridente de los mástiles de un buque azotado por la tempestad, los gritos de los marineros, y hasta el precipitado chasquido que, suelta al aire, produce la desgarrada lona.

Oh! la ilusion era completa.

Aquella especie de fantasía marítima, admirablemente ejecutada, causaba terror. Sus vigorosas notas, remedando esos gritos salvajes que lanza la naturaleza en sus instantes de sublime desconcierto, producian en mí sacudimientos galvánicos.

Yo no habia oído jamás una cosa parecida.

Poco á poco fueron debilitándose las potentes vibraciones del piano, como se debilita el sordo rumor de la tormenta cada vez que le repiten los ecos de la montaña...

La música cesó.

Entonces sentí sobre la alfombra los pasos de miss Arabella y el roce de su vestido.

La magnetizadora se acercó á mí.

Desató el broche de la cinta metálica que sujetaba mis sienes, puso después entrambas manos en mi cabeza y apoyó sus labios sobre mi frente.

Mi corazón dejó de latir.

Mi sangre quedó helada.

Pero al contacto de aquel beso glacial, desapareció la pesadez de mis párpados, y al fin abrí los ojos.

Las pupilas de miss Arabella, aquellas implacables pupilas, inmóviles, centellantes, que habian encadenado mi voluntad, cuando yo las creía efecto de una alucinacion de mi espíritu, estaban allí, frente á las mías, envolviendo mi sér en la estraña luz que destellaban.

Sólo que entonces no eran como antes imágenes ilusorias, no se destacaban de un fondo de tinieblas; sino del blanquísimo cutis de la magnetizadora, — iluminado por el débil reflejo en que yacia sumergida la habitacion — y de entre el marco de rojizos cabellos cuyas estremidades rozaban mi rostro.

Pasaron algunos minutos, durante los cuales el brillo de aquellas pupilas fué aumentando por grados.

Mis ojos estaban fijos en ellos con la misma tenacidad que una aguja de acero á una barra imantada.

Y sin embargo, yo no sufría: únicamente experimentaba un frio cada vez mas intenso.

— Paulina!... — murmuró miss Arabella con una voz opaca é imperiosa que apenas llegó á mis oídos, pero que sentí penetrar hasta mi alma, — Paulina!... duerme! yo te lo mando!

FEDERICO DE LA VEGA.

CORREO DE ALLENDE LA MANCHA.

Londres, 1.º de octubre de 1860.

Hace algunos años, ocurriósele la idea al doctor Daughish de que se podia entregar al consumo un pan ligero y esponjoso sin recurrir á la fermentacion ni á la manipulacion que nos deja á la merced de obreros cuya limpieza no es proverbial. Después de numerosos ensayos, ha tomado una patente, y acaba de abrir una panadería en la cual se hace el pan por medio del vapor, sin mas ingredientes que la harina, el agua, la sal y el ácido carbónico, formado en un aparato semejante á los de las fábricas de agua de Seltz. Impélese el gas en un cilindro lleno de agua que comunica con un globo de hierro colado en

donde cuatro brazos de hierro movidos por el vapor amasan la harina. Introdúcese el agua saturada de gas en proporcion conveniente, y, al cabo de algunos minutos, la mezcla es completa. La pasta, al salir de un tubo que se ensancha gradualmente, se hincha bajo la acción del gas que se dilata sin escaparse, luego que cesa la alta presión. Ella es recibida en formas de madera ó de estaño. Colócanse los panes en un pequeño ferro-carril de nuevo género, en el cual viajan con escasa velocidad al través de un horno, cuyo calor se halla arreglado, y salen cocidos por el otro extremo. Ya se deja ver que, en el procedimiento del doctor Dauglish, el papel del panadero se halla reducido á su más simple expresión. Es necesaria solamente hora y media para convertir en panes un saco de harina, mientras que el sistema ordinario exige cinco ó seis, nada más que para hacer levantar la harina, y, en ciertas condiciones, dar un producto muy inferior bajo el concepto del color y de la lijereza. Muchos panaderos tienen también la execrable costumbre de mezclar alumbre á su pasta, con el fin de comunicar á sus productos la blancura necesaria. Por otra parte, la invención de M. Dauglish tiene otra ventaja: ella destruye la acidez insalubre causada por la fermentación.

Otro inventor, M. Richard Dover, conocido ya por los numerosos servicios prestados como miembro del comité sanitario de Londres, acaba de someter á la municipalidad de dicha ciudad un medio, no solamente de desinfectar, sino de hacer productivas las cloacas de la capital, cuyo estado ordinario deja mucho que desear, y que, durante el verano, convierten al Támesis en un río pútrido. Tratárase de construir en cada distrito un receptáculo, cuyo contenido se descompondría, por medio del ácido muriático y de diversas sales, al cabo de cinco minutos, en un agua limpia y en un abono sin olor, cuya tonelada valdría de cincuenta á sesenta francos. Las esperiencias de M. Dover han satisfecho completamente á los peritos y se cree que se adoptará su proposición.

Nada más curioso que la manera como los buenos ciudadanos de los Estados Unidos acogen á nuestro príncipe de Gales. El real visitante excita en los republicanos trasatlánticos, no solamente respeto y veneración, sino lo que es más hasta idolatría. Un periódico de New-York espera que el corazón del joven príncipe quede preso en las redes de alguna rica heredera americana. «Ofrézcansele—dice—numerosos bailes, á fin de que este brillante pájaro tenga muchas ocasiones de tragar el anzuelo. En un baile, de Baltimore fué donde el príncipe Gerónimo Bonaparte cedió su corazón á la graciosa, y elegante miss Partterson. Entre nosotros existen á la sazón jóvenes amables no menos seductoros: que se revistan con sus más bellos adornos, que se armen de sus más hechiceras sonrisas para que el príncipe caiga á sus plantas. Él solo vale tanto como un millar de lores. Cuando un gran señor inglés visita la América, no es cosa muy fácil hacerle perder la gravedad británica poniéndole en baile; pero el hijo de la reina Victoria se presta á walsar y á reír con todas las jóvenes lindas y bien educadas que se le presentan.» Es de temer que no se realicen los buenos deseos del periodista americano. De todos los amantes del Reino Unido de la Gran-Bretaña y de Irlanda, los miembros de la real familia son los únicos que no pueden casarse sin la autorización de sus parientes y el asentimiento de ambas Cámaras. Este entredicho data de 1771, y fué Jorge III quien le hizo votar, á consecuencia del casamiento clandestino del duque de Cumberland con M^{me} Horton. Un miembro del parlamento pretendió entonces impugnar esa ley, en su concepto absurda, que quitaba á

un príncipe capaz de reinar á los veinte años el derecho de elegir esposa á veinte y dos; pero no faltó un zumbón que le contestara: «Y qué ¿no sabe su señoría que es mucho más difícil gobernar á una mujer que á un reino?»

Días pasados, al volver á su casa en compañía de su vicario el reverendo M. Cladwick, predicador metodista de Newtonards, después de haber escitado á la virtud á los fieles con un sermón más largo que la cuaresma, pasó delante de una casa cuya brillante iluminación anunciaba un baile. Aunque no conociese á las personas que daban el sarao, siguió á varios convidados que llegaban algo tarde; luego que se halló en el salón, dirigió al auditorio sorprendido una alocución vehementemente acerca de los placeres mundanos. Una vez terminado su discurso, volvióse hacia la orquesta silenciosa y dijo: «Sabeis el aria de *Lily Dale*?... Sí!... Ea bien! hacedme el favor de tocarla.» Los músicos la ejecutan y M. Cladwick y su vicario entonan un himno. No sé si los bailarines quedaron edificadas; pero nadie se atrevió á interrumpir este extraño abuso del derecho de visita. Hé aquí uno de esos rasgos de costumbres que no se encuentran más que en Inglaterra.

Asegúrase que sir David Brewster, uno de nuestros más distinguidos sabios, declaró en el mes de abril último que existen quince millas de nieve entre la tierra, y el sol, y que no hará buen tiempo sino cuando todo se haya derretido. Es de creer que comienza la fusión, pues de algunos días á esta parte, el sol empieza á sonreírnos y todos se apresuran á saludarle como á un antiguo amigo á quien no se ha visto en varios meses.

WILLIE PICKWICK.

(J. R.)

¡TÚ!

Conclusion.

III

Arturo es un pollo de diez y siete años.

Es decir, un pollo implume del peor género posible, con un corazón tan incandescente como un horno de vidriero.

Arturo es todo amor, desde la punta de su charolada bota hasta el último bucle de su rizada cabellera rubia.

Elisa, la gentil y hermosa Elisa, otra pollita como él, poco más ó menos, es el ídolo de su alma, el adorado objeto de su volcánica pasión.

Pero Elisa no le quiere, porque hace quince días que el infeliz Arturo la pide con lágrimas en los ojos una prueba de cariño y la ingrata se niega á dársela.

Y sin embargo, ¡esa prueba es tan inocente!

Se reduce á un tú, á un cariñoso tú de los purpurinos labios de la bella Elisa.

¡Oh noveles amadores, cuán poco satisface vuestra naciente ambición!

¡Mentira parece que la pícara experiencia os haga después tan descontentadizos!

— Elisita ¿por qué no me tutea usted?

— Porque no está bien visto, y si mamá lo supiera...

— Ay! eso es porque usted no me quiere!

— Sí que le quiero á usted, pero repito que no está bien visto.

— Pero ¿quién nos oye en nuestras conversaciones particulares?

— Es que luego se acostumbra uno... y á lo mejor...

— Se tiene cuidado!

— Y además, como usted no me da el ejemplo!...

— De veras? (*Apasionadamente*) ¡Elisa de mi alma! yo empezaré á dar te el ejemplo desde

ahora mismo! ¿Qué no te daré á ti, que eres el ídolo de mi corazón, (*con entusiasmo poético*) la luz de mis ojos el ángel de mi existencia?... Vámonos, ya ves que te digo de tú!... Me quieres, Elisa?

— Ya le he dicho á usted que sí...

— No, eso no vale; es preciso que me lo digas de otro modo para que yo lo crea...

— Pero si me da vergüenza!...

— Ingrata! darle á usted vergüenza de mí, que la quiero tanto!

— Jesús, hijo, qué fastidioso!

— Vaya, me lo dices?

— (*Poniéndose colorada*) Pues bien, sí... te quiero!... Y tú á mí?

— Ay, bendita sea tu boca!... Yo á ti? yo te adoro!... Y tú?

— Yo también.

Sería punto menos que imposible contar ya los tús (*y allá va ese plural con permiso de la Academia*) que Elisa y Arturo se lanzaron á quema ropa.

Arturo es feliz.

Un primer tú de la mujer amada le ha hecho dichoso.

Aquella noche no durmió saboreando su dicha.

La habitación, la cama, el candelero, todo cuanto miraban sus ojos le parecía de color de rosa.

El tú de su querida Elisa resonaba en su oído incesantemente con una candencia tan agradable, tan agradable, que me río yo de los arrullos de la enamorada alondra, de las armonías de Rosini y hasta de la música celestial.

Un simple cambio de pronombre le ha trasportado de la tierra al paraíso.

Dos letras constituyen su felicidad.

Pero ¡qué dos letras!

Ellas significan amor y esperanza.

Es decir, el alimento indispensable de su corazón de pollo.

Respetemos sus ilusiones, porque también fueron las nuestras.

¡Maldito pretérito! con qué amargura te pronuncio al imaginarme que nunca volverás á ser tiempo presente!

Quién fuera Arturo!...

¡Bien aventurados los que tienen diez y siete años, porque en un tú más ó menos encuentran la ventura!...

IV

Es de noche.

Estamos en una de esas tertulias que llamamos de medio carácter, porque ni son completamente de confianza, ni completamente de etiqueta.

Nuestros antiguos conocidos Elisa y Arturo (*¡pobre muchacho!*) figuran en primera línea.

Como que son nada menos que los dueños de la casa.

Tanto se tutearon, que al fin se unieron con el dulce vínculo del matrimonio.

Han pasado una porción de años.

Arturo es ya un hombre formal.

Tan formal, que juega á la bolsa y escribe artículos políticos.

Elisa es todo lo que se llama una mujer de moda.

¡Qué guapa se ha puesto!

Astro de gracia y de belleza, como la llama su pequeña corte de admiradores, recibe los martes y los jueves para brillar en todo su esplendor.

Y aquí tienen ustedes el por qué nos encontramos, sin saber cómo, en la tertulia de la joven esposa de nuestro amigo Arturo.

El personal no es muy numeroso, pero es escogido.

Compónese de militares, artistas y escritores públicos en su parte masculina: el bello sexo está



Vista parcial del campo establecido en la Casa-Cuadrada para la fantasía. (De una fotografía de M. Alary.)

dignamente representado por hermosuras de varios tipos.

Nadie se *tutea*! el mas riguroso *usted* impera del uno al otro extremo del salon.

Acaba de bailarse un wals, ese baile maldito que tantos vértigos produce.

Elisa ha tenido por caballero á Luis M. ***, joven y bizarro capitan de artillería, y uno de sus mas asiduos contertulios... y admiradores.

Durante el baile, sus amigas, las tiernas amigas de Elisa, cuchicheaban al oído y sonreían con malignidad.

Por qué? — No lo sabemos.

Elisa está un poco mareada.

Lo dicho: el maldito wals siempre ocasiona vértigos.

Luis la ha llevado hasta el sofá, sentándose junto á ella.

No tarda en formarse un grupo en torno de entrambos.

— Se le pasó á usted ya? — preguntan veinte bocas á la vez con anhelante solicitud.

— Sí, gracias!... si no era nada!

La conversacion se generaliza entonces, mientras tocan al piano una magnífica pieza que nadie escucha.

Se habla de todo un poco: de política, de baños, de amor, de modas y de crónica local.

Arturo tambien es de la rueda.

Sus graves ocupaciones le han permitido venir un rato al salon de la tertulia.

De pronto se ha puesto pálido, pálido como un difunto.

Los circunstantes se miran unos á otros.

Las mujeres vuelven á sonreír con esa *angélica* sonrisa que sólo ellas poseen, que no puede traducirse mas que por *agudísimo dardo que va derecho al corazon de quien la provoca*.

Los hombres arrugan el entrecejo.

Un silencio repentino y profundo deja oír los dulces acordes del piano que á la sazón pulsa una mano maestra.

Pero ¿qué es ello, qué sucede?

Nada, ó casi nada: que la bella Elisa, quizá por efecto del reciente mareo, ha cometido un pequeño *lapsus lingue*.

Al dirigirse al capitan Luis le ha hablado de *tú*, en el calor de una inconsiderada réplica.

Elisa reparó su falta con un: *Ay! usted dispense!... en qué estaba yo pensando!*

Pero ya era tarde.

Arturo habia sorprendido las sonrisas, las mi-

radas y el movimiento de cejas de los contertulios.

Arturo no durmió en todo el resto de la noche.

Aquel *tú* dirigido impensadamente á un extraño, pesaba sobre su corazon como si fuera una montaña de granito.

El primer *tú* que oyó de los labios de Elisa vino á su memoria.

— « No es bueno acostumbrarse... » — murmuraba recordando las excusas de la que entonces era su *adorado tormento*.

Arturo era bolsista y hombre de cálculo.

A fuerza de comparar aquellos dos *tús* que de tan diversa manera le impresionaron, se fijó su imaginacion con una tenacidad inconcebible en la teoría del valor entendido.

Al día siguiente Arturo se batió con el capitan Luis.

La bala de su adversario le rompió el hombro derecho.

No importa! su honor ultrajado por aquel *tú* de sospechosa procedencia demandaba aquel sacrificio.

El hombro de Arturo se cicatrizó con el tiempo, aunque la herida de su corazon permanece siempre abierta.

Elisa ya no recibe.

Sus tertulias han concluido.

La reina de la moda yace en la soledad mas profunda.

El silencio y la calma dominan en aquel lugar doméstico; pero es una calma semejante á la de los sepulcros.

Pobre Arturo!

Pobre Elisa!

Un *tú* os abrió las puertas del paraíso.

Otro *tú* os las acaba de cerrar para siempre.

Dentro del paréntesis formado por esos dos pronombres queda vuestra perdida felicidad.

¿Cómo ha de ser! nada hay eterno en este mundo!

¡Niñas, mucho cuidado con *tutear* á nadie fuera de tiempo!

V

Continuemos nuestro análisis.

El *tú* es elástico, tan elástico como la conciencia de un usurero...

— Una palabra, señor articulista.

— Estoy á tus órdenes, mi querido lector.

— Falta mucho para concluir?

— Pues hombre, ya con las manos en la masa, como suele decirse, quisiera darte á conocer todo el valor de la palabrilla.

— Por conocido. Para muestra con un boton basta.

— Estamos de acuerdo: y puesto que tu repentina pregunta no es sino el grito de tu ya agotada paciencia, y puesto que no me acomoda seguir charlando con la pared de enfrente, figúrate que no he dicho nada, y tan amigos como antes.

FEDERICO DE LA VEGA.

La traduccion del *Mundo ilustrado* se hace bajo la direccion del conocido escritor D. J. Segundo Flórez.

CORRESPONSALES DE ULTRAMAR.

ACAPULCO...	D. A. La Reina.
AREQUIPA...	D. Manuel G. de Castresana.
ARICA...	Sres. Calmann y Riobó.
BOGOTÁ...	D. Rafael Mogollon y Guzman.
BUENOS-AIRES...	D. Federico Real y Prado.
CAMPECHE...	D. F. Jimeno.
CARÁCAS...	Sres. Rojas, hermanos.
CARTAGENA...	D. Joaquin F. Velez.
COBLENZA...	Sres. L. Durandean y Compañía.
CURIAO...	D. J. Blasini.
GUATEMALA...	D. Pablo Blanco.
GUAYAQUIL...	D. Luis Abadie. D. Ant. La Mota.
HABANA...	Sres. Charlain y Fernandez.
HUASCO...	D. Pedro Vega.
LA PAZ...	Sres. Gérard y Comp.
LA UNION...	D. J. Mendel.
LIMA...	P. Bailly.
MÉJICO...	Sres. Maillefert y Comp.
MENDOZA...	D. F. Civit.
MONTEVIDEO...	D. Ventura Garaicoechea. D. Federico Real y Prado.
PUERTO RICO...	D. Ignacio Guasp.
ROSARIO...	Federico Reissig.
SAN FRANCISCO...	M. Biesta.
SAN MIGUEL...	D. Ant. Blanco.
STA. MARTA...	D. José A. Barros y Comp.
SANTIAGO DE CHILE...	D. Pedro Yuste y Comp. Libreria agencia del <i>Mercurio</i> . D. Ramon Morel.
SANTO DOMINGO...	D. A. Bonilla.
SERENA...	D. Tristan Daniel Lopez.
PAITA...	D. C. Lopez.
TACNA...	D. Clemente Bartibas.
TAMPICO...	D. A. Gutierrez y Victori.
TRINIDAD...	D. W. Carr.
VALDIVIA...	D. Tomás de Albarracin.
VALPARAISO...	D. Santos Tórner y Comp. D. Nicasio Ezquerro.
VERACRUZ...	D. Juan Carredano.

Paris. — Imp. de la Librairie-Nouvelle .A. Bonrdilliat, 15, rue B...e